

dose los chicos y gente baja á tirarles piedras, especialmente en épocas de persecucion.

Uníanse á estos motivos exteriores de disgusto otros mas graves, que afectaban á la constitucion interna de la Iglesia. El trato con los musulmanes habia resabiado las creencias, aun entre las personas de mas suposición entre los mozárabes; y no solamente los legos, sino aun algunos clérigos, profesaban doctrinas harto groseras¹. Los condes y recaudadores cristianos, que estaban mas en contacto con los árabes, por cograciarse con estos se constituian en verdugos de sus hermanos, y aun los Obispos mismos de Andalucía se mostraron en ocasiones algo débiles y demasiado complacientes con la Corte; lo cual obligaba á los monjes y mozárabes mas austeros á proceder con un celo impetuoso y ferviente, que en otro caso no se pudiera aplaudir. Pero la debilidad de los Prelados obligaba á curar aquella languidez con una reaccion fervorosa en buen sentido, para alentar con el ejemplo á los flacos, que á no ser por ellos quizá hubieran caido mas.

§ CXLVIII.

Persecucion de los mozárabes de Córdoba en el siglo IX.

La persecucion de los mozárabes de Córdoba en el siglo IX tiene algunas particularidades tan distintas de las otras persecuciones referidas por la Historia general de la Iglesia, que necesita ser mirada no solamente aparte, sino con singular atencion. No era una persecucion organizada y que procediera de orden superior; por el contrario, los martirios son por lo comun aislados, y las autoridades musulmanas no buscan las víctimas, sino que estas se presentan espontáneamente, ó cediendo á la violencia del populacho. El Emir no desea sangre cristiana, antes bien se vale de los Obispos mismos para contener su efusion. En otras persecuciones los lapsos y los débiles eran arrojados del gremio de la Iglesia, y á duras penas los santos Prelados, llenos de caridad, lograban reconciliarlos con sus agraviados hermanos: aquí, por el contrario, se predicaba la debilidad, y se

¹ Véase en el cap. VI, § CLVI, el error de Hostigesis, los Antropomorfitas y otros.

miraba el fervor cristiano como un exceso punible. Bien es verdad que entre los Obispos mismos habia alguno indigno aun de entrar en la Iglesia, y llevar el nombre de cristiano. Tal era el execrable obispo de Málaga, llamado *Hostigesis*, á quien con razon llamaba san Eulogio *Hostis Jesu*.

Pero ni todos los Obispos de Andalucía eran del mismo temple, ni el concilio de Córdoba merece las invectivas que se le han solido dirigir, ni la conducta de los valerosos atletas de Cristo que en Córdoba se espontanearon al martirio hubiera sido aplaudida, si las circunstancias especiales de aquella iglesia, y lo que es mas la inspiracion del Espíritu Santo, no la hubieran hecho santa y necesaria. Pero la Iglesia católica mira justamente con desconfianza estas inspiraciones, que conducen al espíritu privado, tan temible en ella: por eso como soberana maestra de la doctrina se reserva el derecho de inspeccionar estas inspiraciones, para distinguir con su infalible criterio, cuándo son verdaderas inspiraciones del Espíritu Santo, y cuándo ilusiones del enemigo. Aun en el primer caso si tienen algo de extraordinario nos las presenta como casos dignos de admirar, pero no de imitar; como no sea en circunstancias extraordinarias, ó muy análogas. Por lo que hace á los mártires de Córdoba, la Iglesia los ha reconocido como tales, y despues de las brillantes apologías de san Eulogio, Álvaro y Samson, no podía caber duda en la materia. Ni era posible que despues de haber derramado su sangre por Cristo, provocados por los musulmanes, ó espontáneamente, la Iglesia se pusiera de parte de los tibios, y rechazara de su comunión á los valientes.

La Iglesia por regla general no mira bien el martirio provocado por imprudencia, ó innecesario. Es mas tolerante que los que hablan de tolerancia, y si bien no solamente aplaudé sino que exige el martirio en ciertos casos, no quiere que este se busque sin necesidad, insultando á los demás cultos y atropellando las leyes. Los Padres de Elvira prohibieron que se diera culto á los que eran muertos por romper las estatuas de los ídolos¹, y san Cipriano consultado sobre este

¹ Algunos escritores exagerados han tratado de censurar este cánon de Elvira lleno de prudencia. Por de pronto estos doctores particulares no debian olvidar que la decision de un Concilio nacional vale algo mas que su simple voto, y hay orgullo y falta de principios cristianos en menospreciarla. Las armas del Cristianismo son la palabra y la paciencia, no la fuerza y el insulto contra los

punto del martirio voluntario ¹ manifestó: *Que no se debía provocar la persecucion, sino cuando fuera preciso; porque Dios nos mandaba la confesion mas bien que la PROFESION (qui nos confiteri, magis voluit quam profiteri)*. Lo mismo dijo san Isidoro ², y esta es la opinion mas comun hoy en dia entre los teólogos, con el angélico doctor santo Tomás ³. El misionero católico que en los países infieles arrostra la persecucion por difundir el Evangelio, no tan solo no aborrece el martirio, sino que le anhela, y con todo no busca las ocasiones de morir ni tampoco las rehuye. ¡Cuántos piadosos misioneros católicos han sucumbido *mártires de fatiga*, sin lograr la anhelada corona del martirio, á pesar de que para obtenerla no necesitaban sino extender su mano! mas esperaban que la corona viniera á ellos, no ir ellos á la corona. Pues ¿qué motivos hubo para que estos mártires fueran aceptados por toda la Iglesia, y reputados por dignos de culto dentro y fuera de España? La razon principal es la inspiracion verdadera del Espíritu Santo, que se reconoce en las acciones de muchos de ellos y en los milagros que honraron su decision y su tránsito, los cuales nos constan por testimonios tan irrecusables como son los de san Eulogio y Álvaro Cordobés, testigos de vista y de grande integridad. En cuanto se puede conjeturar humanamente, acerca de las altas miras de la Providencia en estos martirios, bien podemos calcular que las principales fueron excitar el fervor de aquellos pobres mozárabes, algun tanto tibios en la fe, separar de la grey aquellos malos pastores, algunos de ellos contagiados con errores graves y vicios groseros, y en una palabra purificar aquella Iglesia, que es el objeto de todas las persecuciones que Dios la envia.

que no opinan lo mismo. La Iglesia no tiene ni obligacion ni costumbre de canonizar á los que comprometen *sin necesidad* su existencia exterior y sus relaciones con el Estado. ¿Qué diriamos de un misionero que entrase en una mezquita de Jerusalem, ó Constantinopla, gritando á los musulmanes — *que Mahoma era un bribon?* — Se le tendria por un loco, y dudo mucho que la Santa Sede le pusiera en los altares, aunque por este motivo fuera muerto: otra cosa es cuando la Iglesia se halla perseguida por los infieles y herejes, pues aquí se procede en el caso de que sea tolerada.

¹ Epíst. 83.

² «Ultrò se pro agone certaminis non debet offerre justitiae.» (Cap. xxii. lib. I Sentent.).

³ 2, 2, quaest. 124.

Que algunos de aquellos mozárabes eran harto tibios antes de la persecucion, lo manifestó hasta la misma debilidad que mostraron varios de los Mártires en los primeros momentos: los hubo que cedieron á las amenazas, y luego arrepentidos se presentaron á reparar su caída por una confesion explícita: otros que vivian como musulmanes y profesaban la fe en secreto, hubieron de manifestarla públicamente, algunos por fin reformaron, ó mejoraron sus costumbres, antes de que llegara la época del martirio. Finalmente, una vez que la persecucion se llegó á ensañar con los mozárabes, fueron tantos los que se presentaron ante el cadí ó juez de Córdoba, que temerosos los musulmanes de la pérdida de tanta gente y de la consiguiente rebaja de tributos, hubo de acudir el Emir á los Obispos, para que estos prohibieran á los fieles que se espontanearan al martirio.

§ CXLIX.

Principales Mártires de esta persecucion.

A principios del reinado de Abderrahman II (hácia el año 824) habian sido martirizados en Córdoba dos mozárabes llamados Adolfo y Juan; pero de sus martirios apenas ha quedado noticia ¹. De la persecucion que ocurrió á fines de su reinado (850) nos han quedado abundantes datos por san Eulogio y otros escritores contemporáneos. Designa este Santo como primera víctima al presbítero Perfecto. No fue este de los que se espontanearon al martirio: léjos de eso, unos musulmanes le habian excitado en la calle á que les dijera en confianza su opinion acerca de Mahoma; y el santo Presbítero no pudo, ni debió eludir la respuesta. Mas á pesar de la palabra empeñada, pocos dias despues le insultaron en la calle, y le llenaron de oprobios y maldiciones, como injuriador del Koran. Llevado en tropel á la presencia del juez, negó haber injuriado á Mahoma; pero cuando á pesar de esta declaracion se vió preso y condenado á muerte, haciendo de la necesidad virtud ², defendió paladinamente la religion del Crucificado, manifestó á los oyentes los absurdos de la ley ma-

¹ Las actas escritas por el abad Esperaindeo se han perdido.

² «Necessitatem in voluntatem convertens... quod primò se dixisse negaverat, postmodùm ultroneus confessor et athleta fortissimus coràm iudice asserbat.» (San Eulogio, lib. I, n. 6).

hometana, y se preparó al martirio con ayunos, oraciones y vigili-
as: sufriólo en efecto al terminar una de las Pascuas musulmanas, á vista
del populacho de Córdoba que pisoteó su preciosa sangre.

Siguióse á este martirio al año siguiente (851) el castigo del con-
fesor Juan, comerciante de Córdoba, á quien por envidia del buen
éxito de sus negocios provocaron varios musulmanes á que hablara
de Mahoma, acusándole en seguida de haber injuriado su nombre y
jurado en falso, bajo el nombre del Profeta, para alucinar de este mo-
do á los que ignoraban fuera mozárabe: diéronle mas de quinientos
bastonazos, y medio muerto le pasearon en un asno por las calles, y en
especial por los templos de los Cristianos, gritando elregonero: *Asi
será castigado quien hablare mal del Profeta y de su ley*. Se ve, pues,
por la narracion de san Eulogio, á quien debemos estas circunstan-
ciadas noticias ¹, que la persecucion no fue provocada por los mozár-
abes, sino por la malicia y envidia que les tenian y por su debili-
dad, cuando todo un presbítero negaba ante el juez lo que en verdad
habia dicho. Mas la crueldad y amenazas de los musulmanes, léjos de
servir para aumentar la pusilanimidad de la atribulada grey, pro-
dujeron un resultado enteramente distinto, segun estaba previsto en
las altas miras de la Providencia.

Presentóse al juez un monje llamado Isaac, hijo de una familia
principal entre los mozárabes de Córdoba, el cual tres años antes,
dejadas las comodidades de su casa, se habia retirado al monasterio
Tabanense, siete millas al Norte de Córdoba, en las asperezas de
Sierra Morena. Las reconvenciones que dirigió al juez en arábigo,
y sus invectivas contra su falsa ley exasperaron al musulman en tér-
minos, que faltando este á la gravedad de su cargo, le dió en el ac-
to una bofetada. Mucho hubo de admirar al Emir que á pesar de las
severas amenazas hubiera quien se atreviese á despreciarlas, y en su
despecho Abderrahman ordenó degollar al intrépido monje ².

La confesion y martirio de san Isaac fue la señal del combate pa-
ra los mozárabes: aumentóse el furor de los perseguidores, pero en

¹ Lib. I, n. 6.

² San Eulogio pone su martirio en miércoles 3 de junio de la era 889 (831 de
Cristo). Segun Usuardo, tenia veinte y siete años cuando sufrió el martirio. La
serie de los martirios que se va á trazar rápidamente puede verse compendiada
y por órden cronológico en el tomo I de Villanuño, pág. 390.

mayor proporcion creció el entusiasmo de aquellos. A manera de sol-
dados aguerridos que saltando por encima de los cadáveres de sus
compañeros corren á una muerte segura en el puesto donde acaban
aquellos de sucumbir, así los mozárabes, antes amilanados, volaron
á ofrecer su sangre y manifestar al tirano que sus amenazas no lo-
graban intimidar su fe. Hasta un soldado de la guardia del Emir, lla-
mado Sancho, que habia venido cautivo de Francia, jóven de bue-
nas inclinaciones y alumno de san Eulogio, se presentó al martirio
dos dias despues de san Isaac.

La noticia de estos martirios penetró hasta los monasterios de Sier-
ra Morena, y al domingo siguiente á la muerte de san Isaac, se pre-
sentaron á la vez seis monjes á confesar la fe: venian de los monas-
terios de san Cristóbal de Cuteclara y del Tabanense: sus nombres
eran el presbítero Pedro, y Wistremundo, ambos de Écija; Wala-
bonso, diácono de Elepla; Sabiniano, natural de un pueblo junto á
Córdoba llamado Froniano; Habencio, natural del mismo Córdoba,
y Jeremías, tio de san Isaac, que con su caudal habia fundado el
monasterio Tabanense. Este valeroso anciano, antes de ser decapi-
tado sufrió tantos bastonazos, que hubo de quedar medio muerto;
sin duda los musulmanes le consideraron principal instigador de los
otros: los seis fueron decapitados al domingo siguiente de haberlo
sido san Isaac, y sus cadáveres quemados con el de este y el soldado
Sancho, que aun pendian de los palos donde fueron colgados. Sigui-
eron á estos en breve san Sisenando de Beja, y san Pablo, diácono de
la iglesia de San Zoil de Córdoba.

Entre los mozárabes habia algunos que, aun cuando eran cristia-
nos, pasaban por musulmanes, no distinguiéndose de estos en el traje,
ni el idioma; cristianos tibios en general, que teniendo la religion
de Jesucristo, no se atrevian á profesarla en público, por temor de
las vejaciones á que estaban expuestos los mozárabes. Contábanse
entre estos cristianos débiles Aurelio y Félix: aquel, hijo de árabe
y cristiana, pero ya huérfano, seguia ocultamente la religion mater-
na en que le educara una tia de su madre; mas no queria declarar-
se cristiano, por no perder su nobleza y comodidades. Aurelio, mas
débil todavía, no tan solo no pasaba por cristiano, sino que habia
faltado á la confesion de la fe en un momento crítico, de cuya falta
estaba arrepentido: ambos estaban casados con otras dos cristianas

ocultas, Aurelio con Sabigotho, y Félix con Lihosa. Encontróse aquel con la turba que iba insultando al confesor Juan el Comerciante cuando le conducían afrentosamente por la calle; y lleno de indignación á vista de aquel espectáculo, se decidió á concluir con los respetos mundanos, en vez de acobardarse como parecía natural. El Espíritu Santo, á cuya inspiración obedecían, lo disponía así. Aurelio y Sabigotho llevaron su abnegación hasta el punto de prepararse al martirio vendiendo todos sus bienes y repartiéndolos á los pobres, excepto una corta pensión, reservada para el mantenimiento de sus hijas, que colocaron en el monasterio Tabanense¹. Después de prepararse con actos del mayor fervor, decidieron al martirio los cuatro esposos, y para ello convinieron en que Sabigotho y Lihosa fueran á la iglesia á cara descubierta. Produjo esto el resultado apetecido, pues preguntando los musulmanes á los esposos cómo dejaban á sus mujeres entrar en aquel sitio, respondieron: Que era costumbre de los Cristianos venerar los sepulcros de los Mártires en las iglesias; y ellos y sus mujeres, como cristianos, no querían faltar á esta práctica. Informado el juez de lo que pasaba, se procedió á la prisión, y poco después á su martirio, que padecieron en compañía de un monje de Belen llamado Jorge, el cual había venido á España pidiendo limosna para su monasterio de San Sabbas, á ocho millas de Jerusalen.

No es posible reducir á las breves proporciones de esta obra la relación de los numerosos martirios que siguieron á estos, y que narró san Eulogio, como testigo presencial de ellos. Al martirio de estos cuatro esposos y el monje siguió en breve (20 de agosto de 852)

¹ Si la inspiración particular del Espíritu Santo, este rasgo de arruinar y abandonar á los hijos no sería plausible; pero los milagros que impulsaron á los santos esposos á reparar su tibieza anterior con este rasgo sublime de heroísmo cristiano, hacen ver que no eran ilusos ni se guiaban por su espíritu privado. San Eulogio refiere una tierna anécdota acerca de las hijas de estos santos mozárabes. — «Habiendo ido el Santo al monasterio Tabanense, nueve meses después del martirio de ellos, la menor de las huérfanas suplicó al Santo con mucha gracia que escribiera la vida y martirio de sus padres. — ¿Y qué me pagarás por ese trabajo? le dijo el Santo en tono festivo. — *Te alcanzaré, ó Padre, replicó la niña con viveza, que el Señor te conceda el paraíso.*» Se ve que estas huermanitas habían ganado en fe y caridad lo que habían perdido de bienes temporales.

el de otros dos monjes llamados Cristóbal y Leovigildo, este natural de Granada, y aquel de Córdoba; y en el mes siguiente el diácono Emilio, y Jeremías, seglar: á lo que ya estaban para salir al suplicio, trajeron á la cárcel dos eunucos cristianos, uno de Granada y otro oriental, que habían entrado en una mezquita predicando contra Mahoma. Los cuatro fueron martirizados el día 16 de setiembre. Sus cadáveres estaban colgados de unos palos, y viéndolos Abderrahman desde su alcázar, los mandó quemar: las palabras que empleó en este mandato fueron las últimas que habló, pues en seguida cayó mortal, y espiró antes que se apagase la hoguera en que ardan los cuerpos de los cuatro Mártires¹.

§ CL.

Persecución en Córdoba durante el reinado de Muhamad.

Con la muerte de Abderrahman no terminó la persecución de los mozárabes en Córdoba. Su hijo Muhamad continuó la obra de su padre, y el terror que inspiraba era tal, que algunos débiles apostataron, otros huyeron, y la Iglesia gimió en dura opresión. «Las mazmorras están llenas de clérigos, dice san Eulogio; la iglesia privada del sagrado oficio de prelados y sacerdotes. Los tabernáculos del Señor en escuálida soledad, la araña extiende sus telas por el templo, y todo él yace en silencio. Los sacerdotes y los ministros del altar andan confusos, porque las piedras del santuario van rodando por las plazas, y al paso que faltan en la iglesia los himnos y cánticos»

¹ Los árabes hablan de la muerte de Abderrahman de otro modo, como es de suponer. Conde la describe así (tomo I, parte 2.^a, cap. XLVI): «Ya le faltaban á Abderrahman las fuerzas, y todavía conservaba la serenidad y apacible compostura de su gesto, y hasta el último momento de su vida la blandura y afabilidad de su natural. Cumplido el plazo de sus días falleció un jueves al anochecer, último día de la luna de Safar del dicho año, habiendo vivido sesenta y cinco años, tres meses y seis días: dejó cuarenta y cinco hijos varones, fue acompañado su féretro de toda la gente de la ciudad y de las comarcas: *todos los pueblos lloraron su muerte como la de un buen padre.*» De seguro que no lo hicieron los mozárabes, y entre la narración de un infiel y la de san Eulogio no es difícil la elección para un buen cristiano.

«ticos celestes, resuenan los calabozos con el santo murmullo de los «Salmos¹.»

En pos de esta atonía sobrevino en breve la reaccion de valor. Cerca de un año había pasado sin que se presentara ningun Confesor ante los jueces musulmanes, y los mozárabes lloraban en silencio, cuando se espontaneó el monje Fandila, natural de Acci, á mediados de junio de 853: era sacerdote, y para confesar la fe vino á Córdoba desde el monasterio de San Salvador, á la falda de la *Peñamelaria*, una legua al Norte de aquella ciudad². Grande fue el furor de Muhamad contra los mozárabes, cuando se le dió noticia de la confesion de aquel monje: frenético de cólera por lo que consideraba un insulto hecho á su dignidad, mandó prender al Obispo, que hubo de apelar á la fuga para salvarse, y aun meditaba pasar á cuchillo to-

¹ Se reproduce íntegro este hermoso pasaje del Martirial de san Eulogio, no tan solo por su melancólica belleza, sino tambien porque muestra la organizacion de la jerarquía eclesiástica entre los mozárabes de Andalucía. «Repleta sunt «(dice) penetralia carceris Clericorum catervis: viduata est Ecclesia sacro Prae-«sulum et sacerdotum auxilio. Horrent divina tabernacula squalidam solitudi-«nem: tenent cuncta silentium. Confusi sunt Sacerdotes et Ministri altaris, quia «dispersi sunt lapides Sanctuarii in capite omnium platearum, et deficientibus «in conventu hymnis cantionum coelestium, resonant abdita carceris murmure «sancto psalmorum. Non promit cantor divinum carmen in publico: non vox «Psalmistae tinnit in choro: non Lector concionatur in pulpito: non Levita evan-«gelizat in populo: non Sacerdos thus infert altaribus.» (*Martirial*, n. 7).

La graduacion jerárquica establecida aquí parece indicar que entre los mozárabes el lector desempeñaba aun las funciones subdiaconiles, leyendo la Epístola ó el Apóstol, como se decia en la Iglesia goda. Esto parecen indicar las palabras: *Non lector concionatur in pulpito*.

² «Dum ergo in nos hujuscemodi irrisionibus insultarent, et hoc deludio «nostram penè consummatam cladibus fatigarent miseriam; adolescens quidam «ephebus, aspectu decorus, honestae vitae probabilis Sanctus, et timoratus «Presbyter, inter has caedes, saevaue discrimina ostium aditumque primus «exercendi martyrium sub hujus tyranni privilegio patefecit...

«Quod factum Judex regio intimari auditui non differens, accenditur igne fu-«roris immensi et quodam hebetatus horrore miratur stupidus quae esset illa «victrix audacia, quae tantae gloriae non expaverit Regem... Jusserat etiam om-«nes Christianos generali sententia perdere, foeminasque publice distractu dis-«pergere, praeter eos qui spreta Religione ad cultum suum diverterent.» (San Eulogio: *Mem. Sanct.*, cap. VII. — It. Florez, *España sagrada*, tomo VII, apéndice 1.^o).

dos los Cristianos, á no contenerle las representaciones de algunos de sus wazires. Mas, lejos de intimidarse aquellos, se presentaron en seguida de san Fandila los monjes Anastasio, diácono que habia sido de la iglesia de San Acisclo de Córdoba y natural de aquella ciudad; y Félix, hijo de unos moros de Alcalá de Henares que se habia convertido viajando por Asturias, y habia tomado allí el hábito monacal¹. Tocó entonces á las mozárabes dar á la vez testimonio de su ardiente fe. Pocas horas despues del martirio de aquellos santos Monjes fue decapitada, aquel mismo dia por la tarde, una santa doncella del monasterio Tabanense, llamada Digna, notable por su mucha modestia y devocion. Al dia siguiente (15 de junio de 853) fue igualmente decapitada otra anciana llamada Benilde, que prefirió la corona del martirio á los años que le restaran de vida. Los cadáveres de estos cinco Mártires fueron quemados algunos dias despues, y sus cenizas arrojadas al Guadalquivir.

Tres meses habian pasado desde estos martirios, cuando consiguieron igual triunfo otras dos santas vírgenes, que de tiempo antes meditaban dar su vida por la fe. Columba (vulgarmente *Coloma*) era de una familia noble y riquísima de Córdoba, y á pesar de su belleza y de las halagüeñas fantasías con que le brindaba el mundo, se retiró al monasterio Tabanense, fundado por su hermana Isabel y el venerable mártir san Jeremias, esposo de esta, de donde ya salieran san Fandila y otros varios Mártires. Una de las medidas adoptadas durante la persecucion, era la que mandaba demoler todas las nuevas fábricas religiosas; y entre ellas cupo esta suerte al monasterio Tabanense². Mas esto facilitó su propósito, pues abrevió su camino para el martirio. Sorprendidos los jueces de su belleza, y por deferencia á su noble cuna, trataron de disuadirla de su santo propósito; mas, vista su constancia, fue decapitada en la plaza misma de pa-

¹ «Felix monachus ex oppido Complutensi progenitus, natione Getulus, et «quadam occasione in Asturias devolutus, ubi et Fidem Catholicam et Religio-«nem monasticam didicit, eodem die hac professione decisus affigitur.» (San Eulogio: *Mem. Sanct.*, lib. III, cap. VIII).

² Quizá lo hicieran tambien los árabes en odio de los Mártires que habian salido de este célebre monasterio. Estos monasterios de las inmediaciones de Córdoba eran *dobles*, y los Mártires de uno y otro sexo que de ellos salieron lo indican claramente.